

Dos títulos de Juan Garmendia y Joaquín Boneta

F.J.Z.

El pasado invierno nos ha traído dos novedades bibliográficas que me interesa comentar en estas páginas, dado lo escasamente atendido que está el campo de la Etnografía en cuanto a ediciones, y por ser dos muestras de evidente interés, aunque de diferente enfoque cada una de ellas.

Me refiero a los libros *Carnaval en Alava*, de Juan Garmendia Larrañaga y *Recuerdos estelleses*, de Joaquín María Boneta Senosiáin.

El primero de ellos —*Carnaval en Alava*— ha venido a animar en el reciente mes de marzo el ambiente festivo precuaresmal de nuestra vecina provincia, aportando valiosos datos de sus carnavales que nos sirven de paso para indirectamente valorar mejor nuestros carnavales navarros, conociendo con mayor precisión las diferencias y conexiones mutuas. No es la primera obra que Juan Garmendia Larrañaga dedica al tema. Anteriormente ha escrito y publicado dos obras más, de carácter general, sobre esta manifestación festiva del folklore norriego. Así *El Carnaval Vasco y sus personajes*, estudio aparecido en el volumen *Mitos y leyendas del País Vasco* (Induban, 1973) e *Iñauteria-El Carnaval Vasco*, edición de la Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones en 1973. La obra que nuevamente se suma a estos dos ensayos anteriores y que ahora comentaré, ha sido editada por Haranburu S.A., en su Colección «Ensayos de Etnografía»¹.

No añadiré nada más sobre la personalidad del autor, dado que en este mismo número de la Revista se presenta su biografía, salvo decir que Juan Garmendia es un etnógrafo de fuste consistente, historiador, investigador y hombre de campo, lo que le conforma como un estudioso importante de la Etnografía, en este caso vasca.

El libro está dedicado a Félix Yarza, amigo y paisano del autor.

Es una aportación documentada sobre la tradicional celebración del Carnaval en los pueblos alaveses, que viene refrendada por el testimonio

1. GARMENDIA LARRAÑAGA, J. *Carnaval en Alava*. San Sebastián, Haranburu Editor, S.A., 1982. 141 págs. Colección «Ensayos de Etnografía» núm. 2. Portada e ilustraciones de Néstor Basterrechea.

de los lugareños –en su mayoría de edad avanzada– entrevistados por el autor en 1970, 1976, 1980 y 1981. El trabajo aporta un mapa general de Alava y del Condado de Treviño, donde sitúa el autor cada población por él visitada y de la que presenta datos acerca de sus carnavales. Son cuarenta y siete los núcleos de población observados, de los cuales la mitad se sitúa en el arco norte oriental de la provincia, en las proximidades de Navarra y el resto se reparte por igual entre la Llanada de Vitoria, la parte noroccidental del Condado de Treviño y el mediodía al límite con Logroño. Amurrio y Llodio son las dos poblaciones más occidentales y próximas ya a Vizcaya. Hay un vacío muy significativo de datos en zonas inmediatas a la provincia de Burgos y en el sureste de Alava, en torno a Laguardia.

Estas poblaciones se reúnen por orden alfabético, de modo que es cómoda su consulta. Dentro de cada capítulo, se separan con asteriscos los diferentes temas de que se trata y al final de los mismos se reproduce un dibujo del ornamento popular vasco, en especial de las estelas funerarias discoideas. Los dibujos de Néstor Basterrechea contribuyen a dar mayor vistosidad al libro y son un complemento adecuado del tema que trata. Su dibujo sencillo y firme capta perfectamente el carácter del Carnaval.

En el prólogo de la obra expone el autor que el Carnaval objeto de su atención ha sido el rural, que arranca de la Baja Edad Media, cuando se da un mayor progreso demográfico y técnico en Alava. El Carnaval es para él una manifestación más de la voluntad de colaboración tan presente en las manifestaciones vitales del pueblo. Responde a la vida en contacto con la naturaleza, algo comprobado en el culto al fuego, en algunos disfraces y farsas utilizados por ese pueblo. Y es, también, una despedida nostálgica, aunque alegre, ante la iniciación de la Cuaresma. Los Carnavales de Alava se han celebrado durante las Carnestolendas, es decir, en el Domingo de Quincuagésima, Lunes y Martes siguientes.

La mayoría de estos carnavales fueron interrumpidos en la última guerra civil o habían sufrido ya para entonces un paulatino empobrecimiento.

Tras la lectura del libro de Juan Garmendia, se observan en el Carnaval alavés unas características parecidas en lo fundamental, pero con expresiones locales de interés. Como, por ejemplo, la denominación de los mozos que desfilan en ese día: reciben los nombres de «porreros» en los pueblos de la Llanada y de «cachis» en los de la Montaña, pero también los más conocidos de «caretas» (Salinillas de Buradón), «máscaras» (Llodio) y «mascaretas» (Labastida), y otros más eufónicos como «cácarros» o «cacarros» (Amurrio, Bergüenda, Salcedo, Zambrana), «cacarreros» (Antezana de la Ribera), «coconarros» (Aramayona), «macarreros» (Leciñana de la Oca), «zarramoqueros» (Pangua), sin olvidarnos de otros más sencillos como «carnavales» (Berantevilla), «cachirulos» (Campezo) o «cachibulos» (Maestu). La costumbre, bastante extendida en Alava, de preparar con motivo del Carnaval un monigote, que luego se destruye, también queda sometida al gusto local: llamáronle «Judas» en Amurrio y Azáceta; «El Criminal» en Arriola; «El Hombre de Paja» en Eguino y Ocáriz; «Gutiérrez» en Berantevilla y Galarreta; «Toribio» en Campezo; «Don Felipe» en Lermenda; «La Vieja» en Munain y en San Román; «La Abuela» en Vicuña; «Marquitos» en Oreitia y Zaldueño; o, simplemente, «El Muñeco de Santa Agueda» en Maestu.

El Carnaval registraba en Alava una serie de fases en su celebración, que raramente se incumplían.

Se iniciaba el Jueves de Lardero o Jueves de Todos, anterior al Domingo de Quincuagésima, con una fiesta protagonizada por los niños. En ese día, los chicos, liberados de la Escuela y después de haber oído misa, acudían en grupo a las casas del pueblo para realizar una cuestación de alimentos y dinero, con cuyo producto tener una merienda por la tarde, bien en la propia Escuela, en la casa del maestro o en la de cualquier niño ². El párroco, el alcalde y el maestro eran, por lo general, sus invitados.

Era normal que los niños visitaran las casas con la cara pintada o disfrazados ³ y que al llegar a cada casa, antes de realizar la cuestación, cantasen una copla parecida a esta:

*Jueves de Lardero,
Viernes de la Cruz,
Sábado de Pascua,
resucitó Jesús.
Angeles somos,
del cielo venimos
a pedir chorizo y huevos
para merendar.
La patrona de esta casa
será una buena mujer.
Si nos da
o no nos da
las gallinitas lo pagarán.*

.....
.....

Los instrumentos que acompañaban al canto solían ser la guitarra y la pandereta, pero también, en ocasiones, la bandurria, el acordeón o la armónica.

Especial hincapié ponían en el canto de la casa del cura, a quien dirigían, con ligeras variantes, estas palabras:

*En la puerta del señor cura
todos cantamos bien,
porque es ministro de Dios
y de la Iglesia también.*

Los chavales eran especialmente amables para que la cuestación fuera así más espléndida. Solían recibir de las «etxeoandres» chorizo y huevos, tocino, morcilla y dinero con que comprar bebida, alimentos que se apresuraban a recoger en cestas, platos y bolsas que llevaban. Del mismo modo podían ser obsequiados con las típicas «torradas» o torrijas, con manteca o aceite, con alubias, lomo, azúcar, patatas, etc. Todo iba para la merienda vespertina.

2. El sistema, en este caso, era realizar entre todos un sorteo con la baraja y aquél a quien le cayera la «polla» —as de oros— debía ofrecer su casa. Así en Labastida.

3. En Aramayona los niños se disfrazaban de niña y viceversa. En Arrízala no llevaban disfraz ni pintura. En Salcedo acudían los niños pequeños en carreta y en Gaceo y Manurga, paseaban los mocetes un muñeco que era quemado por la tarde.

Después de cada cuestación era obligado rezar un Padrenuestro de despedida, entonado comúnmente por el obispillo. Era este un chaval del cortejo disfrazado de Obispo, con todos sus atributos, acompañado de varios acólitos/as encargados de la colecta, uno de los cuales portaba un gallo. Esta tradición era típica de trece pueblos de la Llanada, próximos a la localidad navarra de Ciordia y apenas distantes entre sí⁴. La feliz merendola era cerrada –al menos en Arrízala y Campezo– con una velada teatral para los padres.

Curiosamente y en otros pueblos, el pastor del vecindario pasaba este día por las casas con el fin de recoger sus donativos, golpeando con su cayado en las puertas para hacerse notar⁵. El vecindario era con él más generoso que con los niños.

El Domingo de Quincuagésima por la tarde, los mozos se echaban a la calle enmascarados de «porreros» y vestidos de forma grotesca. Con frecuencia imitaban al sexo contrario en sus disfraces, aunque en ciertos pueblos las mozas no solían participar⁶. Portaban los objetos más disparatados, como cencerros, almireces, paraguas, sacos de aulagas para incomodar, «putxikoak»⁷, trallas, escobas, sartenes, bastones, con el fin de asustar a las mujeres y a los niños, que les increpaban en medio del desorden. La fiesta terminaba con un baile popular amenizado por música de acordeón y con una cena para los «porreros».

El Lunes, y a pesar de que en la víspera había sido tolerado el pillaje, los mozos llevaban a cabo cuestaciones por las casas, ya sin máscara, danzando al son de la música. Los instrumentos empleados, además de la guitarra y el acordeón, más corrientes, eran el chistu, el tamboril, el pandero, la gaita, el laúd e incluso el violín. En medio de las jotas y la algarabía, los «porreros» unían a la compra de un carnero previamente prevista, el producto de la cuestación. Consistía este en chorizo, tocino y huevos, pero en sí era variadísimo (rosco de pan, cerdo, vino, aceite, bacalao... y dinero). El momento era aprovechado para lanzar el pregón de los actos del día siguiente.

Martes de Carnaval era festivo y por la tarde, desde aproximadamente las cuatro hasta el anochecer, recorrían los «porreros» las calles, entre músicas y carreras. La cumbre del festejo era la muerte de un monigote⁸, indistintamente hombre o mujer, preparado con palos, ropas y paja, relleno de petardos, que en medio de pública algarabía era paseado por las calles en un carro o empalado como si se tratase de un estandarte, para ser juzgado y condenado a muerte en la plaza, durante el sermón ridículo y cómico de un «predicador», subido a un carro tirado por «porreros» enyugados. Tras la sentencia, el monigote era ajusticiado a golpes, a escopetazos, era ahogado o quemado, más comúnmente, en una gran hoguera de aulagas, que los enmascarados saltaban gritando.

4. Arrieta, Arrízala, Azáceta, Eguílaz, Eguino, Gaceo, Luzuriaga, Munain, Ocáriz, Onraitia, Roitegui, San Román de San Millán y Vicuña.

5. En Arrieta y Luzuriaga. En Azáceta y en Roitegui no sólo postulaba el pastor de ovejas, sino el cabrero, el vaquero y el yegüero.

6. Aberásturi, Amurrio, Arrízala, Heredia, Lermenda.

7. «Putxika»: palo en cuyo extremo se sujetaba un cordel que iba atado a una vejiga de cerdo o de ternera, hinchada.

8. Este recibía varios nombres, como hemos visto.

Llama la atención que casi la mitad de los pueblos presentes en el libro de Garmendia, tuvieran la costumbre de pasear muñecos, situándose su mayor parte al oriente de la Llanada alavesa.

Pero la fiesta del Martes de Carnaval no terminaba ahí. Continuaba en el baile popular de la noche y con la cena de la mocina en casa del «mozo mayor», llamado así por ser el soltero de mayor edad, organizador de los festejos y administrador de las colectas. Sin embargo –nos dice el autor– era tan grande el deseo festivo de las gentes, que continuaba incluso durante el Miércoles de Ceniza, en Labastida por ejemplo (que no era el único caso), con nuevas cuestaciones, si bien reducidas exclusivamente a huevos, mientras los mozos todavía enmascarados vertían ceniza por las calles.

Carnaval en Alava, es, pues, un libro seriamente documentado y una válida referencia para aquellos que deseen recuperar el folklore perdido, lo que no siempre se hace de acuerdo a patrones auténticos. El libro no busca una interpretación de los hechos, sino que se limita a exponer objetivamente el recuerdo de los informantes del lugar sobre el fenómeno que contemplamos. Ya sólo como constataador de tales hechos el libro tiene un gran valor etnográfico, histórico y científico, porque –no se olvide– lo que solamente queda en la memoria de los más viejos, con ellos muere.

* * *

De muy distinto carácter es el libro de Joaquín María Boneta Senosiáin –ingeniero, de quien no conozco otras publicaciones– *Recuerdos estellese*⁹. En él vierte el autor antiguas añoranzas de su vida pasada en la ciudad navarra de Estella, durante su juventud, entre 1929 y 1948, hasta que sus obligaciones profesionales le obligaron a ausentarse de ella por largo tiempo. En realidad, puede precisarse que el libro reúne los recuerdos vividos por el autor hasta 1937. Es importante la consideración, puesto que el testimonio de la Estella de aquella época por Joaquín María Boneta, convierte al libro en un documento. Documento que tiene mucho que ver con el costumbrismo y el comportamiento social de esta importante y característica ciudad navarra.

Pero la motivación de la obra no es esta, aunque indirectamente resulte que *Recuerdos estellese* valga en varios sentidos. Confiesa el autor, tras la dedicatoria¹⁰, que la verdadera fundamentación de su libro está en el recuerdo, en un deseo de volver a vivir junto a quienes compartieron con él momentos felices, especialmente su padre, para quien el autor profesa un hondo amor filial, una admiración y un recuerdo, que lo hacen omnipresente a lo largo de las páginas del libro. «Fue él quien me inició en el amor al campo, al monte, al río... a todo el paisaje incomparable de nuestra tierra». Realmente es asombrosa la poderosa influencia que ejerce

9. BONETA SENOSIÁIN, Joaquín María. *Recuerdos estellese*. Pamplona, edición del autor, 1981. 234 págs.

10. Dedicado «a la memoria bendita de mi padre, para quien en el mundo no había nada como su pueblo» y «a todos los estellese, por nacimiento o por afecto, especialmente a aquellos que, lejos de su tierra, recuerdan y añoran las personas, los paisajes, las cosas y las viejas tradiciones de Estella, con un abrazo entrañable».

la figura del padre sobre el hijo, aunque este apenas subsista largos años a su lado, como es el caso de Joaquín María Boneta. «Yo era muy niño cuando él se marchó –confiesa– pero conservo plenamente fresco el recuerdo de sus virtudes, de su honradez en el trabajo, de su simpatía para con todos, de su alegría y, sobre todo, de su gran amor a nuestro pueblo [Estella]».

Queda claro, pues, que otra de las grandes motivaciones del libro –son tres principalmente– fue su amor a Estella. La tercera y última razón de sus *Recuerdos* está en la necesidad psicológica de la edad, en aquella fase en que si bien no conviene dejar de mirar adelante, sí es recomendable pasear la mirada por el pasado... y recordar.

El libro se estructura en ciento treinta y un epígrafes, que responden a una redacción discontinua (a lo largo de la década de los sesenta), reforzada por el orden psicológico que el recuerdo da a cada uno de los hechos vividos. Tal estructura es, a mi modo de ver, muy cómoda para el lector, quien en ningún momento llega a cansarse y permanece así más interesado.

Se vierten los *Recuerdos* en una prosa sencilla, sin alambicamientos de imágenes, giros o vocabulario culto. Es su estilo, suelto, de hábil narrador, de persona que sin recurrir a una gramática sensacional, sabe emplear el lenguaje y adecuarlo a las situaciones. A mí me parece ante todo que sabe describir bien. Así lo demuestra en varios pasajes, sobre los que me permito llamar la atención: el ensayo de la Rondalla en el obrador de «La Mallorquina» ¹¹, el bando del Sr. Castejón ¹², el desarme de los gigantes y cabezudos a la entrada del Hospital, a cargo del Sr. Felipe Vidaurre y sus ayudantas ¹³, la primera excursión a San Miguel de Aralar ¹⁴ y la quevediana imagen que da del Padre Joaquín Navarcorena ¹⁵.

Boneta es para mi gusto buen trazador de ambientes, pero mejor de personajes. Tiene penetración y sentido poético de las cosas.

La evocación, siempre sentimental y no exenta de dolor, tiene también sus tiempos, porque el autor vuelve al pasado su imaginación, recreando –como lo hiciera Proust– experiencias anteriores. Escuchando la interpretación mixta de la gaita y de los instrumentos orquestales en los Portales de Albizu, Boneta niño aviva el recuerdo de su padre; la contemplación desde Artxueta del hermoso paisaje de la Barranca revive en el autor la remembranza de aquella primera excursión de su vida al monte Aralar, siendo niño, en compañía de seres queridos desaparecidos.

Es una evocación que hiere, pero que alimenta la conducta del hombre maduro. No obstante, este sentimiento de añoranza «de lo que pasó para no volver», no está siempre teñido de dolor. Le sirve también al autor para gozarse en el recuerdo de las noches veraniegas de Estella, con música y tertulia y para ensayar un fino humor y una ironía muy propicios a situaciones «non sanctas», como fueron las escapadas infantiles del autor y sus amigos a los frutales cercanos.

11. Págs. 44-45.

12. Págs. 75-78.

13. Págs. 81-84.

14. Págs. 87-101.

15. Págs. 198-200.

Decía antes que *Recuerdos estellese* tiene indirectamente un valor documental como testimonio de actos y costumbres desaparecidos de la ciudad del Ega. Y así es, en efecto, pues buena parte del libro –la primera mitad en especial– recoge significativos datos del modo o modos de vida y del ambiente de Estella en los años antes indicados.

La Estella que Boneta ve es una Estella risueña, sencilla, religiosa, sana y de buenas costumbres, vista por los ojos del niño y del adolescente. Si hay apasionamiento en su mirada –el propio autor lo admite– no se debe achacar más que al profundo enamoramiento de la ciudad y no deben buscarse otras interpretaciones a su particular y subjetivo punto de vista. Otros tal vez puedan escribir sus propios recuerdos estellese, dar enfoques diferentes, exponer lo que Joaquín Boneta ha omitido, pero ello no restará valor a la aportación de nuestro autor, que contribuye a un mejor conocimiento de la realidad estellesa.

Diré brevemente que su contribución gira –en el terreno que nos ocupa, es decir el etnográfico– en torno a las diversiones, juegos y aventuras de los mocetes estellese de antes de la guerra, entre los que citaré el nado por el Ega, el paseo en bicicleta o en zancos, el juego de las canicas y el lanzamiento de la trompa, además de otros pasatiempos más emocionantes por su riesgo como tocar timbres y picaportes o volcar perros. Boneta describe igualmente los inicios de la muchachada en el consumo del tabaco, el juego de las mujeres de la Rúa a la brisca y a las «fichas» y un montón de curiosidades más ¹⁶.

Otros aspectos interesantes se refieren a la afición por los deportes (singularmente el de la pelota, del que Boneta da muchos detalles), al gusto musical (las rondallas, las cuadrillas, la gaita, las bandas, las músicas nocturnas y las danzas), el placer del encierro y de las vacas de toreo.

De forma más particular se trata en el libro del espíritu religioso de la ciudad, alimentado por la devoción a la Virgen del Puy y por los ciclos ininterrumpidos de auroras mañaneras. Se complace el autor en referir al detalle las costumbres religiosas del pueblo estellés por Navidad y por Viernes Santo (dedica un capítulo a la procesión de este día), la vida de las parroquias y sus dinámicos equipos sacerdotales, la llegada de las «barriadas» al Puy para homenajear a la Virgen y compartir con sana alegría la sobria colación del día, el animador papel de los Padres Escolapios en la educación de la juventud y los contactos con la Acción Católica. Para el autor, tenía la juventud estellesa una visión idealista de la vida, conjunción de la educación eminentemente cristiana recibida en la familia, en los Padres Escolapios y en la Acción Católica.

Finalmente no desdeña una reflexión social de su pueblo, que a su juicio gozó siempre de una especial afición asociativa, destacando el matiz general de la sencillez de sus gentes y su cultura media elevada.

En resumen, pues, un libro de lectura agradable, que por encima de la anécdota tiene un interés para la reconstrucción del folklore estellés de la preguerra y de la posguerra. Tanto mayor interés e importancia, cuanto que este folklore, en alguno de sus aspectos, ya se habría perdido, de no ser por la aportación de Joaquín María Boneta, a quien debemos agradecerse.

16. Págs. 16 a 46.

